

## Petro frente a la historia de Colombia

Daniel Gutiérrez Ardila  
Docente Investigador del CIFI

En 2021, el entonces candidato a la presidencia de Colombia, Gustavo Petro Urrego, publicó *Una vida, muchas vidas*, obra de carácter autobiográfico, concebida como elemento significativo de la campaña política en curso. Evidentemente, toda lectura de dicho texto debe tener en cuenta esa marcada intención mercadotécnica. En otras palabras, no se trata de un libro convencional de memorias, sino de una obra destinada a conseguir la adhesión de los potenciales votantes.

Sin dejar de atender a este rasgo característico, un historiador puede adentrarse en las páginas de *Una vida, muchas vidas* para identificar las ideas generales que sobre la historia de Colombia tiene el actual presidente. Como se comprenderá, el modo en que un hombre público analiza el devenir de la República guarda estrechos vínculos con la manera de concebir su programa de gobierno y su acción política. Pero hay más: igualmente interesantes resultan las estrategias argumentativas de Petro en lo relativo al pasado, el empleo que hace de ciertos acontecimientos, las licencias que se permite para emplearlos en su provecho y el tipo de relación (si existe una) que establece con los historiadores.

La lectura de *Una vida, muchas vidas* deja claro, para empezar, que Gustavo Petro busca frecuentemente en el pasado insumos para transmitir y reforzar su mensaje político. A continuación, resulta evidente que el actual presidente de Colombia escruta la historia con miras justificativas. Si algo llama la atención es la omisión de toda responsabilidad o autocrítica frente a la violencia del país en las últimas décadas del siglo pasado, algo verdaderamente sorprendente en vista de su larga militancia en la guerrilla del M-19.

La estrategia argumentativa de Petro al respecto es bastante elemental. Por una parte, intentar diferenciar radicalmente el movimiento armado al que perteneció de otros grupos como las FARC o el ELN, porque, al parecer, el M-19 “no generaba enemigos ni agredía civiles” (Petro, 2021, p. 113; véase pp. 111-113, 121 y 150). Por otra, caracterizar el Frente Nacional como una dictadura idéntica a las del Cono Sur (Petro, 2021, pp. 59-60, 85-86, 126), con el fin de justificar de ese modo la acción insurgente (“Muchos hechos afianzaban nuestra certeza de que no existía una opción pacífica para cambiar a Colombia”, Petro, 2021, p. 42). Finalmente, distinguir, en el seno del M-19, a los guerrilleros de los “líderes populares” y urbanos (“yo estaba en el mundo popular y ellos en la guerra”, Petro, 2021, p. 75). A los primeros atribuye la violencia, a los segundos acciones clandestinas sin vínculos de ningún tipo con la extorsión, el secuestro o el asesinato. El joven Petro usaba capuchas y pistolas, obtenía dinero para financiar sus actividades, frecuentaba las “casas de seguridad” de la organización, compraba armamento o ayudaba a esconderlo y hasta fundó una escuela militar en el Cesar (Petro, 2021, pp. 44, 57, 97, 112, 117), pero todos esos recursos y acciones forman parte, en el libro, de una realidad independiente, tanto de la de sus compañeros del Eme como de la del ensangrentado país en que operaba esta organización (“Ese concepto miliciano desarticulaba en buen grado la idea de formar únicamente líneas militares. En cambio, reforzaba la idea de que el M-19 no solo era una máquina militar, sino un movimiento de la

población, pero armada”, Petro, 2021, p. 96). Petro reconoce que hacia el final la dirigencia del Eme sufrió de una “calentura mental militarista” (Petro, 2021, p. 102), pero afirma que se mantuvo siempre ajeno a la dolencia (Petro, 2021, p. 144).

De hecho, *Una vida, muchas vidas* convierte a Carlos Pizarro en adalid de los belicistas proclives a la alianza con las FARC, mientras erige a Petro en líder de la iniciativa de paz y el diálogo (“Todos querían combatir. Yo, en cambio, solo deseaba que se realizara la paz”, Petro, 2021, p. 152). El texto no solo muestra al actual presidente de Colombia como un disidente en el seno del M-19: según afirma, tras una “epifanía”, esto es, una experiencia de tipo místico en las montañas del Tolima, el actual presidente de Colombia logró convencer a Pizarro de negociar con el gobierno de Virgilio Barco (Petro, 2021, pp. 154-155).

La decisión de eludir toda responsabilidad individual o colectiva en lo relativo a la violencia colombiana de finales de siglo XX marca de un extremo a otro *Una vida, muchas vidas*. La toma del Palacio de Justicia es abordada en el libro con harta ligereza (“la idea de la toma del Palacio era reiniciar el proceso de paz entre el M-19 y el Gobierno. Era una operación para negociar, para llegar a un acuerdo”, Petro, 2021, p. 87) y con el doble propósito de atribuir la tragedia a los militares y de desmentir los indicios persistentes que sugieren que en esa acción el M-19 contó con la financiación del cartel de Medellín. Petro se contenta con enrostrar a la cúpula del Ejército la cercanía que mantenía con la organización narcotraficante y arguye que al generalato le interesaba frustrar los procesos incoados en su contra por la tortura de militantes del M-19 en tiempos del presidente Turbay (Petro, 2021, pp. 84-85, 88-89). No obstante, tales cargos no desvanecen las sospechas de una colaboración entre Escobar y la guerrilla anapista.

Petro tenía una alternativa frente a la justificación tozuda de la lucha armada y a la omisión de su participación en los necesarios excesos en que incurría tanto el M-19 como las demás organizaciones guerrilleras. En efecto, hubiera podido mostrarse como un hombre de su tiempo, cautivado por la idea de la revolución violenta y participe en acciones reprobables de las que se distanció con el tiempo ([es precisamente lo que hizo María Eugenia Vásquez Perdomo en la imperdible bitácora de su militancia](#)). El actual presidente de Colombia descartó claramente esa posibilidad y prefirió edificar una historia inverosímil que busca convencer al lector de que, entre él, como líder urbano, y sus compañeros enmontados había identidad de fines, pero radical separación en cuanto a los medios.

El segundo aspecto que llama la atención en el libro de Gustavo Petro en lo tocante a la historia es el uso poco escrupuloso que hace de ella. Sus constantes referencias al pasado son fantasiosas y nada librescas. A pesar de su insistencia en mostrarse distante de la lucha revolucionaria violenta, Petro, bolivariano furibundo como sus compañeros del M-19, se sentía como un “oficial del ejército libertador” (Petro, 2021, p. 56; véase también p. 77). De hecho, cuando él y sus compañeros de lucha crearon en Zipaquirá un barrio popular, lo bautizaron “Bolívar 83” como una manera de conmemorar el bicentenario del natalicio del Libertador (Petro, 2021, p. 69). Posteriormente, cuando Petro recibió un fusil M-16 para fundar un frente militar en el departamento de Santander, le dio el nombre de “Miranda” (en honor, supongo, a Francisco de Miranda, líder independentista venezolano), antes de esconderlo entre los pañales de su hijo (Petro, 2021, p. 115).

El entusiasmo de Petro por la gesta independentista explica que bautizara la columna del Eme a la que pertenecía en Zipaquirá con el nombre de “José María Melo”, al que muestra como un líder popular de raigambre indígena aliado con los artesanos (y no como el golpista militarista que fue, según muestran las investigaciones de Carlos Camacho Arango y Luis Ervin Prado) (Petro, 2021, p. 58). Precisamente, el caso de Melo le permite a Petro enunciar otra idea persistente de su discurso: la historia de Colombia aparece en *Una vida, muchas vidas* como una frustración permanente de la justicia y el progreso por culpa de una minoría privilegiada, retardataria y enemiga de la paz. De acuerdo con el descabellado relato del actual presidente de Colombia, José María Melo habría sido derrotado “por la sociedad esclavista del Cauca y Antioquia” (Petro, 2021, p. 58) (el golpe de Melo sucedió en 1854 y la esclavitud había quedado abolida dos años antes). A continuación, Petro transforma el antimilitarismo doctrinario de los jóvenes liberales radicales de medio siglo XIX en una maquinación de “la oligarquía esclavista” contra el ejército “que nos dio la independencia” (para entonces habían transcurrido tres décadas desde Ayacucho) (Petro, 2021, p. 58).

Las frustraciones de Colombia también se deben, según *Una vida, muchas vidas*, a la capacidad corruptora de esa oligarquía, que a finales de siglo XX se habría aliado con la mafia y el paramilitarismo. El M-19 fue víctima, en su opinión, de ese poderío, puesto que Antonio Navarro Wolf terminó cooptado. Primero el “establecimiento” habría convencido al político pastuso de unirse al partido liberal y de romper el pacto concluido previamente por la antigua guerrilla con el conservador Álvaro Gómez Hurtado. De acuerdo con Petro, se frustró así la posibilidad de un desenlace institucional verdaderamente progresista y se fraguó una contrarreforma que gestó un nuevo período de violencia, en el preciso momento en que el M-19 quedaba convertido en un “partido político tradicional”. A cambio de su traición, Navarro habría recibido un ministerio en el gabinete de César Gaviria Trujillo (Petro, 2021, pp. 172-189). Resulta sorprendente, en vista de tan drástico juicio, que Petro se hubiera aliado con el mismo Navarro para llegar al Congreso de la República en 1997, que lo hubiera apoyado posteriormente cuando fue precandidato a la presidencia y que lo hubiera incorporado en el gabinete que constituyó cuando fue alcalde de Bogotá (Petro, 2021, pp. 225-227, 265-266).

En suma, Gustavo Petro utiliza ampliamente la historia en las memorias que publicó durante su campaña presidencial. Recurre a ella para justificar su militancia y la de sus compañeros de armas sin el menor asomo de autocritica y también para presentarse ante los electores como un guerrillero que desarrolló exclusivamente acciones de tipo político en el M-19.

Petro se siente atraído por contados períodos de la historia del país: la guerra de independencia, el golpe de José María Melo y el Frente Nacional. Como se ha visto, este último cumple una función esencial en su discurso pues, asimilado a las peores dictaduras de Suramérica, le sirve para validar y justificar la lucha armada. El entusiasmo de Petro con el período independentista, o mejor, con sus líderes militares descollantes, es típico del M-19 y proviene de intuiciones hartó gratuitas o de la muy infantil vulgata de la insurgencia. En otras palabras, no es el resultado de la lectura de historiadores o académicos. Finalmente, Petro tiene una visión maniquea de la historia de Colombia, que termina siendo (como en los libros de López de Mesa o Liévano Aguirre) frustración cíclica de toda esperanza de progreso y justicia a manos de una poderosa oligarquía indolente, sangrienta y enemiga de la paz.

**Bibliografía:**

Petro, G. (2021). *Una vida, muchas vidas*. Planeta.